
La edición de las huellas de mi vida. *Obras completas* de José Ortega y Gasset*

Fernando R. Lafuente

Se suele recordar que “el estereotipo es una verdad cansada” (Steiner), lo cierto es que la ausencia de ediciones filológicas de obras completas de autores en español del siglo XX es una de esas “verdades cansadas”, por estereotipadas, de la vida académica nacional; apenas en los últimos años comienzan a darse los primeros balbuceos moderadamente responsables en aras de construir un *corpus* homologable a lo ya realizado en ámbitos semejantes tan cercanos como los franceses o alemanes. Es decir, el estereotipo, la constatación de esa ausencia, será una “verdad cansada”, bien, pero aquí lo cansado comienza a resultar la permanencia de tal estereotipo, por verdad y por reiterada. Son tantos los ángulos y las perspectivas de aproximación a un objeto de estudio determinado –en esta caso la edición filológica de tal o cual autor– que provoca, sin duda, cierta inquietud académica la mera mención de ello.

Filología, recordó August Boeckh, y suele citar Rafael Gutiérrez Girardot, “es conocimiento de lo creado por el espíritu humano [...] es conocer de lo conocido”. El trabajo concreto de la filología parte del texto, pero se nutre de componentes literarios, filosóficos, históricos, sociológicos, políticos, teológicos o religiosos que laten en ese texto. Ese “amor a la palabra” (filología) requiere el estudio, la comparación, la edición de los textos en sus más diversos aspectos: lexicológicos, gramaticales, semánticos, todos, propios de cualquier

* José ORTEGA Y GASSET, *Obras completas*, tomo I (1902-1915) y tomo II (1916). Madrid: Fundación José Ortega y Gasset / Taurus, 2004, 1039 y 964 páginas.

lenguaje, al tiempo que sitúa a la palabra escrita en un contexto etimológico, histórico y social. La filología no avala la comprensión de un texto, pero permite su acercamiento, la posibilidad real de interpretación.

¿Cómo es posible que aún no dispongamos de un *corpus* razonable y razonado de obras completas que permita enfrentarse al estudio y la investigación pormenorizada de una época crucial en la reciente historia intelectual de España como fue la denominada *Edad de Plata* (1898-1936)? Pues, es posible. Con los dedos de una mano (izquierda o derecha, eso lo dejo a gusto del curioso lector) pueden contarse las ediciones que cabría describir como homologables respecto a un posible canon de tal modelo de edición. Si se atiende a la bibliografía existente se comprobará cómo se estiran y se encogen los criterios para la confección de numerosas ediciones de obras completas de autores españoles. Todo ello, por habitual, está en función, unas veces de curiosos derechos atribuidos a unos u otros familiares, al descubrimiento o no de determinados manuscritos; al mercadeo de los textos, en demasiadas ocasiones, supuestamente inéditos o atribuidos al autor; a la obsesión de agrupar los escritos de acuerdo a un extravagante concepto temático; a la manía de corregir los textos hasta dejarlos irreconocibles, y así el catálogo se puede ampliar *ad nauseam*. Todo ejecutado, claro está, con la impunidad del silencio por parte de la crítica académica o el desdén por parte de los lectores. Y lo peor es que aquí nadie paga por dar gato por liebre. El disparate o la desidia, o las prisas, quedan impunes. Súmese a ello la ausencia de incentivos razonables para acometer un trabajo de larga duración y el mapa comenzará a tomar forma. Lo que supone menor coste —de tiempo, de recursos— acaba por convertirse en la norma. Y así gira la rueda.

Pocos casos como el de Ortega en el que la incuria (de la que hablaba, como siempre con acertado criterio Gabriel Zaid, “la incuria de los autores, sus familias, la posteridad, los incendios, las guerras, los saqueos, el polvo, las humedades, los bichos acabaron con obras que ni siquiera sabemos si existieron”) no sólo no haya existido, sino todo lo contrario. Si esta definitiva edición ha sido posible se debe al cuidado, extremo y minucioso, del que ha gozado el Archivo de Ortega, gracias, de manera especial a la labor de su hija Soledad durante décadas; Archivo hoy conservado en la sede de la Fundación José Ortega y Gasset de Madrid.

Es cierto que hoy una de las carencias más insoportablemente obscenas que muestra la sociedad académica es la falta de criterio a la hora de evaluar la ingente información y documentación de que se dispone sobre un autor contemporáneo, máxime si se trata de alguien que ha tenido una considerable proyección pública e intelectual tanto a lo largo de su vida como después. Es decir, se hace cada vez más necesaria una precisa y equilibrada labor dedicada

a discriminar, seleccionar y poner en valor el material del que se dispone; es decir, ordenarlo y contrastarlo. La simple acumulación relativista parece buena, por ecléctica, pero advierte de una cierta e inquietante carencia de criterio. La cantidad siempre parece un seguro frente a la crítica. No es el caso. No debería serlo. Publicar todo es no publicar nada. Hundir en el bosque de los documentos la obra que marcó un destino intelectual, elevar las anécdotas intrascendentes que apenas se disolvieron en el aire de lo cotidiano a la misma categoría que las páginas escritas con la voluntad de llegar allí donde el autor y sus contemporáneos soñaron alcanzar, sobrevivir al lector contemporáneo para ser contemporáneo del lector futuro, no es lo más recomendable a la hora de destacar, precisamente, lo singular de una obra.

A propósito de la edición de lo que cabría entender como obras completas escribió Ortega:

El gran invento de Goethe –su lírica– radica en haberse atrevido a cantar aquellas personalísimas inquietudes de su pecho en que nadie se había antes parado. Por eso, cuando habla de sus obras completas, puede llamarlas: “*la edición de las huellas de mi vida...*”

Tal vez por ello, esta ambiciosa y, por más de un motivo, definitiva edición de las *Obras completas* de Ortega que ahora se presenta, y que se extenderá hasta el primer trimestre de 2006, surge de un prolongado trabajo de edición realizado a lo largo de los últimos años por un equipo de investigadores reunidos en torno al Centro de Estudios Orteguianos, todos ellos de varia procedencia académica. La empresa no era fácil. Se partía de los buenos trabajos de Paulino Garagorri pero había que incorporar nuevos textos, y hacerlo con un encomiable criterio cronológico que exigía partir desde el principio para trazar, tal y como se produjo en el tiempo, no otro es el mapa de una obra, el largo y enjundioso trayecto orteguiano. Sabemos que la edición filológica de los filósofos en español es asunto apenas debatido. Tortuoso y ajeno a la tradición reciente. Francisco Javier Martín lo dejó meridianamente documentado en las páginas de *Revista de Occidente* (nº. 273, febrero, 2004).

Lo acometido en la presente empresa abre, más allá de las particularidades del propio Ortega, un modelo de edición del que, más vale antes que tarde, deberán hacerse eco obras futuras. Es uno de los muchos valores de la nueva edición. Insisto, la tarea no era fácil, ya el propio Ortega en 1932, en el prólogo a la edición de sus *Obras* advertía:

No hay, pues, grandes probabilidades de que una obra como la mía, que, aunque de escaso valor, es muy compleja, muy llena de secretos, alusiones y elisiones, muy entretejida con toda una trayectoria vital, encuentre el ánimo

generoso que se afane, de verdad, en entenderla. Obras más abstractas, desligadas por su propósito y estilo de la vida personal en que surgieron, pueden ser más fácilmente asimiladas, porque requieren menos faena interpretativa. Pero cada una de las páginas aquí reunidas resumió mi existencia entera a la hora en que fue escrita, y yuxtapuestas, representan la melodía de mi destino personal.

Lo que se ha hecho, lo que han hecho investigadores que vienen de campos tan diversos, como lo es la obra de Ortega: Ciencia Política (Javier Zamora), Filología (José Ramón Carriazo, Iñaki Gabaráin, Azucena López Cobo), Filosofía (Isabel Ferreiro, Juan Padilla), Periodismo (Ignacio Blanco), Sociología (Carmen Asenjo)... exhibe el valor del sentido común; es decir, poner, filológicamente hablando, a Ortega en limpio. Recuperar el orden del tiempo, atender con pulcritud a la serie ensayística tal y como se ha mostrado en el particular itinerario de una obra cuyo principal escenario sería el periódico:

La aparición de mis obras, que hasta ahora volaban como bandada fortuita de volúmenes, en una edición compacta es idea y voluntad de un editor, no mías. [...] Pero esta propaganda de entusiasmo por la luz mental –*el lumen naturale*– había que hacer en España según su circunstancia impusiera. En nuestro país ni la cátedra ni el libro tenían eficiencia social. Nuestro pueblo no admite lo distanciado y solemne. Reina en él puramente lo cotidiano y vulgar... He aquí por qué, dócil a la circunstancia, he hecho que mi obra brote en la plaza intelectual que es el periódico.

Se preguntaba Eric J. Hobsbawm: “¿hasta qué punto la experiencia vital tiene una cierta influencia en la elección del campo de investigación?”.

No es casual la elección orteguiana. Ortega fue un espectador comprometido y apasionado, y su trayectoria desvela múltiples vínculos con la realidad del siglo XX, “un espectador comprometido respecto a la historia” (Aron). En sus obras, la combinación de acontecimientos, biografía, contextos, modelos sociales, utopías, fracasos y anhelos definen una vida concreta que no se repite, que es absolutamente imposible de repetir. He ahí el doble valor de una ordenación cronológica de sus obras, tal y cómo se fueron publicando en el tiempo. Ortega vislumbra cómo el arte y la cultura serán reemplazados (lo han sido) por las industrias culturales, el mundo de la televisión, el apogeo, tras la rebelión, de las masas.

“Diría –escribe Steiner– que nuestro tiempo es el de la irreverencia. Las causas de esta transformación fundamental son las de la revolución política, el desorden social (la célebre *rebelión de las masas* de Ortega y Gasset) y del escepticismo obligado de las ciencias”.

Probablemente si algo inquieta en el conjunto de la obra orteguiana es, sería concluir lo que se ha considerado uno de los asuntos vertebrales del siglo XX, y cuya agenda, y aldabonazo, adelantó y elaboró Ortega: hallar las leyes del comportamiento de las masas, pues como advirtiera Canetti: “de esa ciencia no existen ni siquiera los rudimentos”. Es ahí, en el lado de la realidad actual, en el que la obra de Ortega adquiere una dimensión de gigante intelectual, de perspectiva superior; es en la vigencia –una obra viva– de los asuntos que se tratan en donde se alza la oportunidad de una publicación semejante, elaborada con los instrumentos adecuados, los recursos necesarios y la competencia académica exigida. A Ortega se le sigue leyendo, se le busca, se le cita, se le interroga. Su obra se hace en los periódicos, “marca la transición de una cultura de conferencias, artículos en la Prensa, conferencias públicas y tertulias a una cultura más universitaria y de seminario, y logra recoger mucho de lo mejor del mundo que abandonó a la vez que facilitar la llegada de la situación actual” (Jaime de Salas). La ordenación cabal de su obra, más allá de un compromiso intelectual, es un ejercicio de diálogo intergeneracional con infinidad de implicaciones históricas y políticas.

La obra de Ortega salta a un gran público comprometido con los destinos contemporáneos; comprometido con los dudosos contornos de la nación liberal, con el destino americano de la lengua española, con los últimos latidos de un concepto del arte y de la literatura que se pierde en la niebla de su propio ensimismamiento, con la insoportable levedad de las nuevas sociedades surgidas al albur de las masas, con la esperanzada apuesta de la redescubierta sociedad tecnológica. Ese público que entiende a Ortega y que entiende con Ortega, entonces y ahora, y mañana, los grandes temas de nuestro tiempo –que son todos los tiempos– en un español claro, vibrante, hondo y cabal. Una prosa ensayística que fija la geografía esencial de una incipiente filosofía en español.

La nueva, y definitiva, edición se abre con un volumen que recoge los textos orteguianos publicados hasta el final de 1915, los textos de la juventud de Ortega. Incluye jugosas sorpresas, como la tesis doctoral, *Los terrores del año mil*, el descubrimiento del psicoanálisis y artículos perdidos, como los publicados en *La Prensa* (Buenos Aires) en donde se encuentra ya el germen del interés por América, el interés de alguien que, como confesó al mexicano Alfonso Reyes, le gustaría ser recordado como “Ortega, el americano”. Comienza en 1902 con una “Glosa a Ramón del Valle-Inclán” publicada en *Faro de Vigo* (28 de agosto) y se cierra con un artículo sobre “Pensamientos de año nuevo” publicado en *La Ilustración Española y Americana* (30 de diciembre, 1915), además se incluyen como *Anexos* una serie de textos de Ortega sin firmar que se publicaron, en su mayoría, en la revista *España*, atribuidos por el profesor Ricardo Senabre.

Éste es un volumen que, al ser organizado con el sentido común del orden cronológico, permite vislumbrar, seguir, comprobar y contrastar los pasos justos y medidos, las tentativas del filósofo entusiasta que comienza a tejer el largo tapiz de una obra cuya insoslayable identidad es, precisamente, ser escrita en el tiempo. Es el rasgo de su singularidad. Una minuciosa elaboración intelectual que se guía del ritmo marcado por las circunstancias. Unas circunstancias muy pegadas al acontecer público, a las pulsiones y convulsiones de un espacio muy concreto: España y que atiende “lupa en mano” las contingencias internacionales con una atención por demás inédita en la vida española. Esto late en las páginas de este primer volumen, el lector lo percibe como, insisto, un rasgo que distingue la perspectiva desde la que el ensayista se enfrentará al prisma caleidoscópico de la realidad. Así, las primeras epifanías que marcarán el rumbo de la vida intelectual española: “Ensayo de estética a manera de prólogo”, *Vieja y nueva política*, *Meditaciones del Quijote*, ensayos escritos todos ellos en un año cenital, 1914.

El segundo volumen está dedicado a *Personas, obras, cosas* (1916) y *El Espectador* (1916-1934), la silva de varia lección orteguiana, una de esas obras de Ortega cuya lectura gana con el tiempo, que permite un centón de perspectivas críticas, que va y viene de la filología a la filosofía, la política, la vida cotidiana. El volumen se abre con un texto sobre las “Caricaturas de Bagaría” de 1916 y se cierra con la “Socialización del hombre” (1930), de acuerdo a la ordenación del propio autor y la fecha de publicación de la monografía (1934). *Personas, obras*, de Barrès a Baroja, de los Íberos a las ermitas de Córdoba, de Tiziano, Poussin y Velázquez a La Gioconda, de Azorín a Anatole France, del *Quijote* en la escuela a las Notas de andar y ver, de las *Meditaciones de El Escorial* a las *Confesiones del Espectador*, de los Estudios Filosóficos a la política europea (la amenaza del fascismo), de Hegel a América, siempre América. En el volumen, como en el anterior, se incorpora un aparato crítico que enriquece la visión de un conjunto de ensayos de apasionante recorrido y memorable consulta (monumentos ensayísticos como “Democracia morbosa”, “Para la cultura del amor”, “El origen deportivo del Estado”, “La pedagogía social como programa político”, “Musicalia”) porque la agenda cultural europea y americana de esas primeras décadas del siglo XX tiene en estas páginas el registro cabal de una reflexión inédita en español. La proyección americana de estos textos no tardaría en producirse.

Sirvan como epílogo apenas unas calas para destacar lo que es un esfuerzo intelectual y editorial algo más que notable. Ortega merecía esta ambición filológica, y la edición de un autor mayor del siglo XX español exigía este respeto cronológico. En el plan general de edición se reúne todo lo escrito por Ortega conocido hasta la fecha; sin embargo, se han dejado a un lado, con

encomiable criterio, la correspondencia, las notas de trabajo, las entrevistas y los resúmenes de conferencias aparecidos en la prensa. Se ha aplicado el criterio y no la acumulación. Porque la mera acumulación de materiales biográficos y la fijación textual de unas obras completas son asuntos no sé sí contrarios, no sé sí complementarios, que quiero suponer que sí, pero en absoluto intercambiables. De ahí, el acierto de dejar a un lado eso que ahora –entrevistas, correspondencias y demás– se incluye con una alegría metodológica que duda cabe que encomiable, pero ajena a los propósitos finales de una edición canónica. La sociedad del espectáculo también se ha instalado en la fatua vida académica (¿alguna vez se fue?) y a menudo se pretende encontrar las huellas de un escándalo (ya sea intelectual o personal) como gran contribución al conocimiento de la obra de éste o aquél autor. Ya no hay inocentes.

En Taurus ahora se edita la obra que Ortega publicó (serán los seis primeros volúmenes, de los que estos dos dan eficaz muestra) y la que dejó inédita (los cuatro siguientes) y para ello, con un criterio filológico impecable, se ha partido de la última edición en vida del autor (1955); quedaban los textos publicados y no recogidos en dichas *Obras completas* (Madrid, 1953-1955, tercera edición) y una muy rica y amplia obra inédita. Todo ello se fue corrigiendo, con posteriores incorporaciones denominadas *Obra póstuma* (1961, 1962, 1983), ahora bien otros quedaron para mejor ocasión, ésta. En el presente caso se han cotejado todos los textos y se ha realizado un trabajo informático –ejercicio de contraste de textos, extraordinario, uno de los máximos valores de esta edición– que debería servir de modelo, como ya se ha señalado más arriba, para otras obras completas.

Como resultado de ese trabajo minucioso y arduo se ha llevado a cabo una certera fijación de cada página y se han limpiado esas páginas de erratas y pintorescas o curiosas lecturas; se ha buscado, siempre, la última versión aprobada por el autor; se ha seguido, insisto, por fin en un autor español y en español, un escrupuloso criterio cronológico, que se ha mantenido, como no podía ser de otra forma y así subrayar la coherencia del modelo adoptado, también para la obra póstuma, según su año de escritura; se han corregido dataciones erráticas; se han aplicado las reglas ortográficas vigentes y respetado la alternancia de pares como por ejemplo “transcendente/trascendente”; se han respetado también lo que cabría entender como peculiaridades morfológicas y sintácticas del dominio y uso de la lengua del autor, y se ha incorporado un aparato crítico, al final de cada tomo, que reúne *vínculos*, *variantes*, *Noticia del texto* y *Anexos*, como ya señalé en el breve comentario al contenido de los dos primeros volúmenes publicados; *Apéndices* en los que se recogen las variantes que acompañan al proceso de fijación textual. Conviene recordar que en los citados *Anexos* y *Apéndices* además de textos atribuidos a Ortega, se reproducen

fragmentos, párrafos que el autor eliminó a la hora de publicar una versión definitiva.

En la actual edición está el proceso de creación paso a paso. Están el pulso firme de los párrafos que se instalan en la página sin titubeos, y la duda sobre aquellos en los que Ortega considera que deben desaparecer en una nueva versión. ¿Por qué unos? ¿Por qué el vaivén de los que entran y salen? ¿Cuestión de estilo? ¿Cuestión de concepción filosófica? ¿Cuestión circunstancial, esporádica, anecdótica, política? Lo habitual en unas obras completas es proponer infinitos senderos de investigación; agendas de trabajo que abran inéditos accesos de entrada y de salida. Todos advierten de las amplias avenidas de búsqueda, estudio, análisis que se prestan a la investigación de la génesis, desarrollo, apogeo y recepción de la obra orteguiana. Siempre una nueva lección, una perspectiva inédita, una circunstancia sin contemplar. Volvamos al principio, y valga el final, con Steiner:

La relación entre maestro y alumno es falible. Inevitablemente, irrumpen los celos y la vanidad, la mentira y la traición. Pero sus esperanzas eternamente renovadas, la maravilla imperfecta de la relación, nos llevan hacia la *dignitas* de la persona humana, hasta lo mejor de uno mismo. Ningún medio mecánico, por expeditivo que sea, ningún materialismo, ni siquiera triunfador, podría borrar el despertar que experimentamos cuando hemos comprendido a un maestro. Esta alegría no convierte a la muerte más ligera de ningún modo. Al contrario, uno se enfurece ante este despilfarro. ¿Acaso no ha llegado la hora de otra lección?

La publicación de esta definitiva edición de las *Obras completas* de José Ortega y Gasset invita, anima al lector universal de Ortega a gozar, una y otra vez, de una nueva lección.